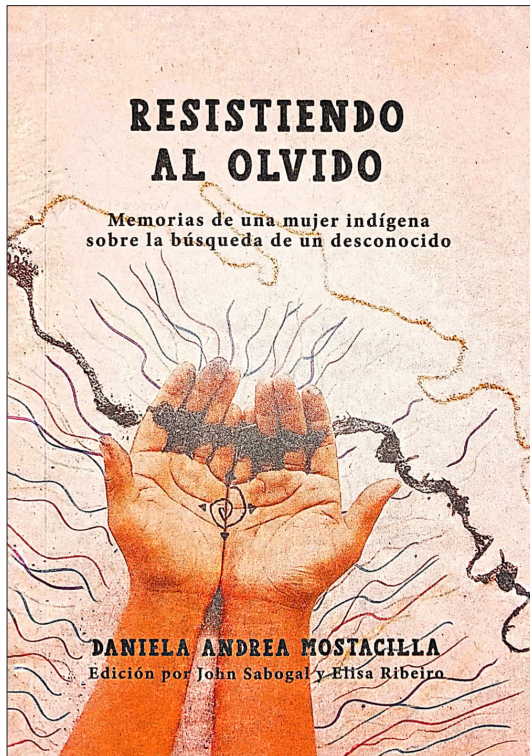


Resistiendo Al Olvido. Memorias de Una Mujer Indígena sobre la Búsqueda de un Desconocido. Daniela Andrea Mostacilla. Editado por John Sabogal y Elisa Ribeiro. Azul de Bolsillo, Cali, 2025, 177 p.¹

Reseñado por José Antonio Melville¹



El texto de Daniela Mostacilla es una biografía experimental hecha a partir de un triálogo. En él la protagonista plasma su trayectoria de vida y el proceso de búsqueda de su padre, desaparecido durante el conflicto armado colombiano. Compartiendo sus memorias, la escucha y la conversación, el trío conformado por Daniela y sus dos editores, John Sabogal y Elisa Ribeiro, articula un “nosotras” que nos lleva por un camino marcado por la venganza y la redención. No es un texto académico ni anhela serlo, sin embargo, es un texto urgente para la academia porque nos muestra otras formas de colaborar y construir. Si bien las experiencias de Daniela son el núcleo, las acompañan datos, propuestas teóricas, perspectivas y documentos adicionales que permiten

al lector/a profundizar y ampliar su comprensión acerca de la historia colombiana reciente.

Resistiendo al olvido. Memorias de una mujer indígena sobre la búsqueda de un desconocido llegó a mis manos al finalizar la presentación del último libro de Aída Hernández (2025), *Exhumar la esperanza: una etnografía feminista en el país de las fosas*, en el marco del Congreso de la Unión Antropológica Mundial celebrado en Antigua, Guatemala, en noviembre de 2025. Tras las intervenciones de las panelistas, en las que se resaltó el compromiso social de Hernández más allá de las aulas y la academia, pues el conocimiento también “se teoriza desde la búsqueda y la lucha política” (Hernández 2025:11), tomó la palabra una joven. Era Daniela Andrea Mostacilla, quien habló acerca de la importancia de analizar los efectos de las desapariciones y muertes en sí mismas, no solo como el resultado de un conflicto, sino como cisma en la vida de las personas que las sufren y quienes las acompañan. Daniela no se posicionó como víctima, sino que esbozó brevemente su perspectiva desde la resistencia y dejó clara su convicción por señalar los abusos perpetrados, sobre todo en contra de las infancias. Daniela, como Aída Hernández, ha puesto el cuerpo para resistir y enfrentar el terror, para dignificar a nuestro/as desaparecido/as.

Nacida el 28 de junio de 1991, en Caldoño, en el departamento del Cauca, Daniela Mostacilla es una mujer indígena nasa e hija de “Miguel”², comandante del Sexto Frente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), y de Mariana, que la abandonó. El padre de Daniela murió cuatro días después de que ella abriera los ojos por primera vez, pero eso no impidió que se convirtiera en el centro de su vida. Sin padre y abandonada por su madre, lo que la protagonista nos transmite es cómo las guerras fabrican sus propias condiciones de reproducción a través del abandono, la muerte y la rabia. “Cuando a uno no le han dado amor o cariño, cualquier muestra de afecto se toma bien” (Mostacilla 2025:60).

¹ El Colegio de Michoacán, Zamora, México. melville.ja@colmich.edu.mx, ORCID: 0000-0002-4710-5067

Las balas guerrilleras y del ejército cruzaban el precario Cauca, pero Caldono era bastión de las FARC-EP y, por tanto, afín al reclutamiento guerrillero. El padre de Daniela ingresó a la guerrilla a los ocho años y, posteriormente, reclutó a su madre, quien vivía una situación de abuso y violencia cuando ésta era menor de edad. Sin embargo, incluso si sus padres no hubieran sido combatientes, el conflicto armado interno era parte de su día a día. Desde niña jugaban con sus amigos a los pistoleros: “Todo el mundo quería estar en la guerrilla, nadie quería ser del ejército. Además, la guerrilla siempre, siempre ganaba, nunca perdía” (Mostacilla 2025:30).

Como hemos visto en los últimos años, las guerras son situaciones especialmente difíciles para las infancias. Nuestra protagonista, por ejemplo, fue abandonada en otra familia. Su madre decidió dejarla en casa de Cecilia y Luis, quien había abusado sexualmente de Mariana antes de que escapara con el padre de Daniela. Su familia de crianza era blanca y de ojos claros, mientras que ella es indígena, ojinegra y con el pelo crispado. “Cecilia decía que no había elegido criarme, que no entendía por qué entre tantos lugares me habían botado allí” (Mostacilla 2025:29). El racismo la acompañó en casa, en la escuela y en la universidad. Abiertamente aludiendo al perfil construido por el ejército según el cual todo indio es guerrillero (Mostacilla 2025:58). Desde temprana edad fue tachada de “bandolera” por muchas de las figuras de autoridad que se cruzaron en su camino.

Las personas piensan que llegar a la guerrilla es fácil, que es solo decir “me voy” y listo. Pero la verdad es que es un proceso, no todos llegamos al mismo lugar, al mismo cargo, a las mismas condiciones. Muchos, antes de llegar a la guerrilla, somos usados como objetos desechables, luego utilizados para empezar a demostrar qué tan fríos podemos llegar a ser. En mi caso, por ejemplo, entregar una vida a cambio de una venganza que jamás concluyó. En la guerrilla se nos hace sentir que importamos más que en nuestras casas, nos convencen de que somos claves para una misión y que lo que hacemos es relevante; pero al final de cuentas, se es un objeto que, si ya no sirve se deja de lado (Mostacilla 2025:91).

Aludiendo a la mirada de experiencias vistas y vividas, Daniela pinta así algunos de los elementos

que brindaron vitalidad y facilitaron la extensión del conflicto armado colombiano. Se trató de algo transgeneracional, casi una maldición que pasaba de padres a hijos, de madres a hijas, que vivían situaciones semejantes sin poder romper el círculo. En la cita vemos que se habla de una venganza, venganza que es resultado de un abuso sexual. Como a su madre, a Daniela también la violaron.

Reflexionando sobre la historia de su madre, la protagonista comienza a dejar atrás la rabia y a dirigir sus esfuerzos hacia la reconciliación con su pasado. No desde el olvido o el perdón, sino desde las circunstancias vividas. Conociendo el devenir de su madre, se pregunta: “¿cómo esperar que de ella surgiera amor?” (Mostacilla 2025:119). La estructura de un país en guerra le había arrebatado esa capacidad, pero aún no era tarde para Daniela. A los 14 años, inició la búsqueda de los restos de su padre.

Como si “Miguel” la estuviera llamando, en la vereda de El Tarso de Caldono, en donde Daniela visitaba a su hermana de crianza, corrió la noticia de que ahí había guerrilleros enterrados. Daniela realizó trabajo de campo; entrevistó a los lugareños y a las personas que quizás se habían involucrado en esos hechos. Se ganó la confianza de varios, consiguió que la apoyaran y recopiló la información que le permitió delimitar el área en donde su padre podría estar inhumado. Con años de búsqueda a su espalda, la firma del acuerdo de paz de 2017 creó la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD) y Daniela solicitaría una búsqueda formal por su padre. Dos años después, la UBPD confirmaría sus sospechas y, tras un tortuoso proceso burocrático, le entregarían su cuerpo.

La guerrilla apareció en la vida de Daniela y de las juventudes del Cauca como la representación de la familia y del cuidado que muchos no tenían. Con la promesa de enmendar los males que la oligarquía y la burocracia le habían ocasionado a Colombia, los guerrilleros se presentaban como la salida del maltrato y de las carencias diarias. Eran la salvaguarda y el ejército, con su racismo y violencia, el enemigo (Mostacilla 2025:92). No obstante, en su experiencia, la guerrilla no era lo que pregonaba.

Ellos “invertían” en nosotros comida y ropa, pero luego ¿qué hacían? De alguna manera se llevaban a los jóvenes para la guerra y nosotros terminábamos inmersos en el conflicto. Esa era la crítica que yo misma le hacía a Jaime, un comandante de la Jacobo³,

una vez que estuvimos en Popayán [capital del departamento del Cauca], cuando le decía: “Es que si ustedes le llegaban a una niña que les decía que la habían violado y que quería vengarse, ustedes no tenían por qué decirle que se fuera con ustedes y luego mataban al depravado. Eso era perverso, pues estaban poniendo a la pobre persona con una doble carga. Primero cargar con el abuso sexual y luego cargar con el hecho de que se convirtió en asesina (Mostacilla 2025:60-61).

Fue difícil navegar esos dos polos y más aún permanecer neutral; un lado empleaba a niños y el otro los mataba. Daniela fue “sapa”, “campaneo” sobre las actividades del ejército en su municipalidad y tangencialmente colaboró con los ataques de la guerrilla. El relato que ocupa a estas páginas es crudo, nos enfrenta a la radical indeterminación del ser y nos reta a trascender las dicotomías simplistas. Asemejando a un trabajo autoetnográfico, Daniela y sus editores entremezclan la narrativa personal con los hechos estructurales. Así, desde el relato particular, se señalan eventos sucedidos que acompañan la experiencia de la protagonista. Con las notas al pie que se ofrecen, se teoriza, sustenta y profundiza en los significados y consecuencias del conflicto armado interno. No se trata de una biografía a secas, es una ventana para conocer al Estado colombiano en guerra y la historia de Colombia.

Más aún, en una práctica que deberíamos replicar en las ciencias sociales, el libro produjo un artículo con los pormenores metodológicos del proyecto: *El caminar de la palabra: encuentros de búsqueda, memorias y*

sanación (2023). Añadiendo detalles sobre las autoras⁴ y cómo se conocieron, el documento profundiza en el método que siguieron para hacer esta biografía colaborativa y, sobre todo, hacer comunidad. Desde una escucha sin juicio y dejándose afectar por los testimonios, John Sabogal y Elisa Ribeiro procuraron el terreno en que Daniela pudo dar rienda suelta a su experiencia. Sus editores no se impusieron, cuidaron el relato y la acompañaron para construir autonomías colectivas (Mostacilla et al. 2023:166-167). Retomando a Aída Hernández, la colaboración que generó este texto es ejemplo firme de que “aún en medio del mayor desgarramiento emocional y social es posible construir comunidad y cuidar la vida” (Hernández 2025:27).

Resistiendo al olvido. Memorias de una mujer indígena sobre la búsqueda de un desconocido nos muestra y recuerda que el acompañamiento no es discurso. Poner el cuerpo es toda una metodología que vale la pena revisar para incluir más saberes y propiciar encuentros más simétricos. De igual forma, nos deja ver que los absolutos no nos llevan a ningún lado. Que el cambio es la constante y que falta mucho por decir. Como reflexiona Daniela:

Hoy, al mirar hacia atrás todo ese caminar, mi mente queda en blanco, es como si no reconociera a esa niña de 14 años, sin miedo, llena de odio, llena de venganza, actuando sólo por actuar, incapaz de sonreír y ver felicidad en lo sencillo de la vida. A mis 32 años, soy lo opuesto en gran medida, el odio y la venganza ahora son sólo melancolía y nostalgia. Ahora sí tengo miedo, miedo a morir, miedo a no ver crecer a mi hijo (Mostacilla 2025:91).

Referencias Citadas

Hernández, A. 2025. *Exhumar la Esperanza: Una Etnografía Feminista en el País de las Fosas*. Bajo Tierra Ediciones, Ciudad de México.

Mostacilla, D. 2025. *Resistiendo al Olvido. Memorias de Una Mujer Indígena sobre la Búsqueda de Un Desconocido*. Azul de Bolsillo, Cali.

Mostacilla, D., E. de Oliveira Ribeiro y J.E. Sabogal-Venegas 2023. El caminar de la palabra: encuentros de búsqueda, memorias y sanación. *PERIÓDICUS, Revista de estudios interdisciplinarios en géneros e sexualidades* 1 (19):151-169.

Notas

¹ Para facilitar la obtención del libro, puede comunicarse al correo: dam910628@gmail.com

² El nombre legal del padre de Daniela no se revela en el libro, en su lugar se utiliza el alias “Miguel”.

³ Columna Móvil Jacobo Arenas, nombrada en honor de uno de los ideólogos y cofundadores de las FARC-EP.

⁴ Al ser dos mujeres y un hombre, se mantiene el femenino como ellas mismas lo hicieron en su artículo.